

# Tendencias

## **Alfonso Teja Zabre y Rafael Ramos Pedrueza: dos interpretaciones marxistas en la década de los treinta**

*Alberto del Castillo Troncoso\**

### INTRODUCCIÓN

**E**l ejercicio teórico metodológico de *pensar* alrededor de la historia y de las limitaciones y alcances de aquellos que la practican tiene en nuestro país hondas raíces. Para no ir demasiado lejos, y considerar únicamente a historiadores con una *visión moderna* de su oficio, podríamos hacer un corte en la primera mitad del siglo *xx* y mencionar los destacados casos de Lucas Alamán y José María Luis Mora.

Para el primero, la utilidad de la historia no podía consistir en el simple conocimiento de los hechos, por lo que la labor de análisis del historiador lo obligaba a "penetrar en el influjo que éstos han tenido los unos sobre los otros (...) ligarlos entre sí de manera que en los primeros se eche de ver la causa productora de los últimos" (Alamán, 1849: 8). El segundo, por su parte, alertaba en 1836 a sus lectores sobre los peligros de la imparcialidad de la siguiente manera: "Pretender o exigir imparcialidad de un escritor contemporáneo es la mayor extravagancia: nadie que se halle en semejantes



\* Investigador de tiempo completo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

circunstancias puede contar con esta prenda tan apreciable como difícil de obtener" (Mora, 1981: 1-3).

A lo largo de dos siglos, el rigor teórico del historiador mexicano se ha ido depurando a través de un diálogo crítico con una serie de diferentes posturas y modelos historiográficos que han dejado su huella con mayor o menor claridad e intensidad en las investigaciones históricas nacionales.

En este contexto, el objetivo de este trabajo es examinar el pensamiento de dos historiadores mexicanos que asumieron una postura teórica marxista en sus investigaciones. Se trata de los casos de Alfonso Teja Zabre (1880-1962) y Rafael Ramos Pedrueza (1879-1943). Por razones operativas, y en aras de establecer una cierta homogeneidad que nos permita llegar a conclusiones pertinentes, el análisis quedará circunscrito a dos obras de divulgación histórica realizadas por nuestros autores en plena madurez personal y publicadas prácticamente en la misma coyuntura, esto es, los años que van de 1930 a 1935, un período fundamental en la conformación de un nuevo sistema político mexicano.<sup>1</sup>

Nacidos casi en el mismo año, la infancia y la juventud de nuestros autores transcurrió y se desarrolló durante el Porfiriato, por lo que ambos recibieron la influencia formativa del positivismo. Con fuertes inquietudes políticas y sociales, los dos se incorporaron al nuevo aparato de gobierno que se gestó con la Revolución Mexicana. Ramos ocupó puestos públicos mucho más relevantes, que lo

llevaron en 1921 a una diputación federal y poco después a la Secretaría del Partido Liberal Constitucionalista, de orientación obregonista. Por su parte, Teja también participó en política, pero sólo llegó a ocupar el puesto de jefe de información de la Secretaría de Relaciones Exteriores y, de una manera tardía, en plena desilusión revolucionaria, los cargos de consejero de la Embajada de México en Cuba y de embajador en Honduras y la República Dominicana.<sup>2</sup>

Uno de los rasgos que entrelaza a nuestros personajes de una manera más significativa es su temprana y definida vocación por la docencia, que los llevó a impartir durante varias décadas la cátedra de historia patria en diversas instituciones públicas.<sup>3</sup>

Esta vocación, asumida como proyecto de vida, es la que les permitió un amplio y profundo ejercicio de introspección en busca de las raíces históricas de la identidad mexicana, en un momento en el que la Revolución había provocado una crisis en las conciencias y en los paradigmas historiográficos tradicionales de revisión del pasado.<sup>4</sup>

Como ya se ha señalado, la coyuntura en la que fueron escritas ambas obras constituye un momento fundacional dentro de la edificación del sistema político mexicano emanado de la Revolución. En estos años, las estructuras del poder transitaron de un caudillismo populista representado por el general Obregón a un sistema institucional, una corporación de grupos de intereses, basado en alianzas de poder, donde la

instrumentación de las reformas ya no se ligaba al gobernante en cuestión, sino al sistema como tal. Como es sabido, esta transición la inició Plutarco Elías Calles y fue consolidada por Lázaro Cárdenas (Córdova, 1973: 47). Con esta serie de cambios daba inicio un ciclo histórico en el que el concepto de revolución se convirtió en el paradigma fundamental para la comprensión y justificación de cualquier proyecto político, el cual se mantuvo vigente hasta principios de la década de los ochenta del siglo pasado (Aguilar Camín y Meyer, 1989). Si bien este señalamiento aparentemente nos aleja demasiado de la situación planteada inicialmente, la referencia es esencial para comprender un punto muy importante: tanto Teja Zabre como Ramos Pedrueza escribieron las obras que analizaremos al principio de un nuevo ciclo historiográfico, cuyas características y alcances todavía resultaban demasiado ambiguos y contradictorios para sus protagonistas, pero que, al mismo tiempo, les proporcionaba una perspectiva diferente respecto de las etapas anteriores.

#### IDEAS Y CONCEPTOS EN TORNO A LA HISTORIA

La reflexión historiográfica de nuestros autores está fuertemente influida por la lectura y asimilación de la doctrina del materialismo histórico, cuya relevancia política y académica ambos reivindicaron explícitamente. A finales de

la década de los veinte, el texto de Marx y Engels con un mayor peso entre los políticos e intelectuales mexicanos era probablemente *El Manifiesto del Partido Comunista* (Matute, 1974: 13-14), una obra incendiaria y esquemática de carácter panfletario, sin el rigor teórico-metodológico de otros textos mucho más sólidos, como *La ideología alemana* o, sobre todo, *El capital*, cuya penetración y asimilación en dichos sectores tardaría todavía varias décadas en realizarse.

El dato anterior resulta muy importante para ubicar la matriz de la que nuestros autores partieron para desarrollar sus proposiciones. Sin embargo, por sí solo resultaría insuficiente para explicar las grandes diferencias que separan la obra de ambos historiadores. Éstas tienen que ver, desde nuestro punto de vista, con los objetivos políticos y académicos con que cada uno de ellos se comprometió, y a los que cada uno intentó dar cabal cumplimiento.

#### *Rafael Ramos Pedrueza o la lógica del militante*

En el año de 1922, el diputado obrerista Rafael Ramos Pedrueza realizó un viaje de seis meses a Rusia, enviado por la Secretaría de Educación Pública para llevar a cabo una serie de "estudios culturales" (Castañeda, 1974: 58). Algunos años después, el autor narró sus impresiones y experiencias *La Estrella Roja. Doce años de vida soviética*, donde manifestó su adhesión absoluta a los principios revolucionarios:

Este libro expresa mis impresiones en la Unión Soviética, cuya vida observé con vivo interés durante medio año; el ejemplo de aquel proletariado, templo de mi conciencia, impulsándome a ampliar el cumplimiento del difícil deber de exponer una verdad revolucionaria de gran trascendencia. No alardea de imparcialidad, ésta no puede existir al juzgarse aquel gigantesco movimiento social, al que está vinculado el porvenir de la humanidad (Ramos Pedrueza, 1929: 7).

El texto constituye una de las guías más importantes que definirán la línea posterior de trabajos del autor en torno a la realidad histórica mexicana, en los que va a predominar de una manera bastante clara la lógica del militante sobre cualquier otro tipo de argumentación. Esta labor de agitación revolucionaria penetra incluso su labor como funcionario público, como fue el caso de sus actividades como embajador de México en el Ecuador en los años de 1924 a 1926, etapa que precede sus análisis históricos:

Quando llegó a México el auténtico marxismo-leninismo, una de las tareas encomendadas a esta ala revolucionaria fue dirigir y estimular la agitación en América Central y Sudamérica. Nos parece de gran interés el anotar lo anterior porque hallamos dentro de las actividades de nuestro biografiado una clara y manifiesta actitud en su labor como embajador de México en el Ecuador: promover el cambio, hablar de la lucha de clases y las necesidades obreras, no aludiendo exclusivamente a nuestro país, sino ha-

ciendo accesible al público la idea de ser Rusia la promotora y el ejemplo a seguir... (Castañeda, 1974: 12).

Como veremos más adelante, Ramos Pedrueza se acerca en sus estudios de interpretación histórica a la realidad mexicana para comprobar y verificar un esquema político-ideológico que él mismo ha trazado definida y tajantemente. En este sentido, el pilar básico para su lectura e interpretación de la historia tiene una referencia central:

La importancia del estudio de la historia crece a medida que la evolución social se acelera. Influye extraordinariamente en la concepción del mundo y de la estructura social. El movimiento más profundo que ha sacudido a la humanidad es la revolución rusa, generada por la teoría económica de Carlos Marx, que tiene por médula el materialismo histórico (Ramos Pedrueza, 1936: 1-12).

En esta línea de pensamiento, el autor desarrolló una visión evolucionista de la historia, en la que esta disciplina poseía supuestamente un carácter científico y estaba regida por leyes únicas y uniformes, aplicables en diferentes lugares y situaciones, de acuerdo con las modalidades del sistema productivo de cada época.<sup>5</sup> Así, la ciencia de la historia tendría un carácter ante todo positivo, productor de verdades y certidumbres "exentas de sospechas" (Ramos Pedrueza, 1932: 2).

Bajo la lógica maniquea de este esquema, la interpretación histórica sólo

tendría dos alternativas: seguir un camino autodenominado como "revolucionario" o estancarse en otro estigmatizado como "reaccionario". En el primer caso, el investigador tendría la obligación de explicitar la lucha de clases y reivindicar la lucha del pueblo contra la opresión. Por lo que respecta al segundo, se trataría previsiblemente de justificar a las clases opresoras y ocultar la verdad.

Encontramos aquí un planteamiento de gran importancia, que habría de tener un peso específico notable en los historiadores marxistas de las décadas posteriores: la necesidad de proponer la construcción de una ciencia histórica (proletaria) reveladora de verdades como certidumbres, en oposición a una disciplina histórica ideologizada (burguesa) deformadora de la realidad.

Testigo y protagonista de la problemática política de su época, Ramos Pedrueza estaba convencido a principios de la década de los treinta de encontrarse en el umbral de un cambio de sistema, por lo que concebía a la disciplina histórica como un instrumento político para la aceleración de estos cambios:

*En estos tiempos, en que agoniza el régimen capitalista y nace el sistema socialista, la imparcialidad histórica es una utopía. Al interpretar la historia se retiene el pasado o se plasma el porvenir. Se está con la reacción o con la revolución. Si se quiere colaborar en la obra revolucionaria, precisa sustentar la enseñanza de la historia basada en su interpretación económica (Ramos Pedrueza, 1936: 4).*

*Alfonso Teja Zabre: un punto de vista crítico*

Un caso muy diferente de conceptualización de la historia y de asimilación del marxismo es el del pensador mexicano Alfonso Teja Zabre, cuya apertura epistemológica le permitió utilizar al materialismo histórico como un punto de referencia y no como una doctrina cerrada o acabada.

Su caso es el de un intelectual que vivió intensamente sus raíces dentro de un positivismo liberal, postura que si bien nunca abandonó del todo, tampoco le impidió incursionar en una suerte de relativismo histórico, en un diálogo abierto con posiciones como las de Caso, Xenopol o Vasconcelos. Consciente pues de la crisis final del positivismo y de la ruptura de los paradigmas únicos, adoptó una orientación más flexible y abierta, desde la cual inició su diálogo con el materialismo.

A la manera del escritor español Azorín, Teja aspiraba a desarrollar una labor de crítica intelectual con repercusiones políticas, más que de militancia partidista, en la que el acto de criticar implicaba desarrollar una interpretación coherente de la realidad, proporcionando elementos de análisis significativos para una comprensión más aguda de ésta:

*La historia literaria está todavía por construir; ha habido entre nosotros grandes eruditos, grandes acopiadores, grandes rebuscadores; ha faltado el crítico. Decimos crítico refiriéndonos a un hom-*

bre que, dotado de la precisa cultura literaria, tenga a la vez una idea central, un sistema en virtud del cual, contrayéndolo todo a esta visión suya de la producción estética, explique lógicamente las obras, haga vivir todo un periodo literario... (Azorín, cit. en Teja Zabre, 1933: 8).

Debido a lo anterior, nuestro autor negaba la existencia de una ley natural universal que guiara los acontecimientos históricos. Por el contrario, creía únicamente en la posibilidad de construir hipótesis de trabajo personales, que apenas le proporcionaban una serie de indicaciones y posturas parciales, susceptibles de cambios y modificaciones posteriores. En esta medida, el historiador estaba lejos de ser un portador de certezas o verdades absolutas y su labor se orientaba mucho más a la elaboración de preguntas significativas que a la divulgación de soluciones definitivas.

En esta línea de trabajo, Teja estableció un diálogo crítico con una serie de intelectuales y pensadores que en su opinión habían aportado un "impulso vital" a la cultura occidental hacia finales del siglo XIX y principios del XX, entre ellos destacaban los nombres de Spengler, Freud, Bergson, Lenin, Einstein y Sombart.

En lo particular, y para los fines de este artículo, nos interesa resaltar el acercamiento de Teja al pensamiento freudiano, que retrata de un modo significativo la apertura teórica e ideológica del crítico mexicano en circunstancias políticas y culturales bastante adversas.

En efecto, en un momento en el que la línea soviética leninista descalificaba al psicoanálisis considerándolo producto de la "decadencia burguesa" y satanizaba a sus seguidores juzgándolos como individualistas e idealistas (Schneider, 1979: 44), Teja recupera las teorías freudianas y las utiliza para ampliar los alcances de su visión marxista en torno a la categoría de ideología, al vincular el análisis de los hechos sociales con la comprensión de los impulsos inconscientes y los mecanismos psicológicos como la censura y la represión.

Esta labor crítica coincide en lo esencial con los combates políticos y académicos de la Escuela de Frankfurt en la Europa de los treinta, o con la postura de autores como Wilhelm Reich, el célebre analista alemán que terminó siendo expulsado de las filas del Partido Comunista y de la Sociedad Psicoanalítica de su país por atreverse a sostener la legitimidad de este tipo de lineamientos. Resulta conveniente pensar en las implicaciones políticas de estos planteamientos que alejaron a Teja de la lógica del militante con compromisos burocráticos institucionales y lo insertaron en otro tipo de discusiones y debates.

Después de un vasto recorrido en el que argumenta y dialoga en forma crítica con los autores ya mencionados, lo que le permite ir depurando sus propias proposiciones, Teja Zabre concluye que la historia no constituye una ciencia, en la medida en que no está regida por leyes, sino que representa solamente una forma de conocimiento, en la que

la información se elige a partir de una serie de intereses políticos y económicos muy concretos, los cuales provienen siempre del presente.<sup>6</sup>

Tanto Teja Zabre como Ramos Pedrueza tuvieron oportunidad de aplicar sus ideas a diferentes trabajos de reconstrucción histórica, casi siempre enfocados a la divulgación de la historia patria entre sectores estudiantiles más o menos amplios, como veremos a continuación.

#### LOS ACERCAMIENTOS A LA HISTORIA PATRIA

En términos generales, los trabajos de análisis histórico de nuestros autores no se distinguieron por incorporar investigaciones exhaustivas de archivo para sustentar sus afirmaciones, ni por acudir a nuevas fuentes documentales para aportar elementos inéditos sobre algún personaje o periodo determinado. Por el contrario, se trata, ante todo, de obras de síntesis enfocadas a la divulgación, en donde lo que más cuenta es la visión global, los elementos de interpretación.

Las dos obras que aquí analizaremos supusieron una revisión historiográfica de los textos de historia de México que los autores consideraron como más representativos, para someterlos a una interpretación materialista de la historia, tal como dichos autores la entendían y concebían a principios de la década de los treinta del siglo pasado.

#### Ramos Pedrueza y la lucha de clases

Ramos Pedrueza publicó en el año de 1934 lo que consideró su libro más importante: *La Lucha de clases a través de la historia de México*. Pensado desde un inicio como libro de texto, la publicación tuvo un éxito aceptable, y en un lapso corto requirió una segunda edición nada desdeñable de 25 mil ejemplares (Castañeda, 1974: 38).

Al respecto, contamos con el testimonio del profesor normalista Eduardo Vargas, fechado el 10 de agosto de 1935, en el puerto de Mazatlán:

Su libro *La lucha de clases*, ha sido nuestra guía en la Escuela Normal de este puerto. Los resultados que obtuve durante el año escolar 1934-1935 fueron positivos para la formación de una conciencia de clase antiimperialista entre mis alumnos, que son los maestros de las escuelas locales, quienes siguen un curso en la Normal (Castañeda, 1974: 20).

En el prólogo del texto, el autor describe los límites y alcances de su obra al tiempo que, de una manera bastante diáfana, plantea a sus lectores sus ideas en torno a la enseñanza de la historia:

Este trabajo es deficiente; no hay material de investigación sobre la lucha de clases. Es esfuerzo intenso y embrion de futuros estudios que indudablemente habrán de elaborar historiógrafos marxistas (...) La enseñanza de la historia, con métodos burgueses, creadores de

falsedades y apariencias, con finalidades hipócritas en favor de la clase explotadora, es un lastre para la emancipación económica de las masas productoras; un error de tremendas consecuencias para la infancia y la juventud, a quienes destina a ser arrolladas por el oleaje proletario, ascendente y formidable; un crimen, porque obstrucciona y retarda la inevitable y justa Revolución Social (Ramos Pedrueza, 1936: 10).

Si bien el autor entiende al materialismo histórico como una lectura económica de los procesos sociales, en el desarrollo del texto esta visión predominantemente económica brilla por su inexistencia, quizá debido a dos factores fundamentales: la inexistencia de investigaciones previas en el campo de la historia económica, lo que le hubiera permitido pisar un terreno más sólido para intentar una síntesis, y la naturaleza misma de un libro de historia patria, que difícilmente podía soslayar focalizar la atención en determinados personajes y circunstancias históricas.

Lo que sí encontramos es una prolongación de la versión liberal-revolucionaria sobre la historia de México con un hilo conductor: la lucha del pueblo mexicano en sus diferentes etapas contra la opresión. Dichas etapas son revisadas en forma fragmentaria a partir de capítulos que respetan los formatos de una historia política de corte tradicional: culturas prehispánicas, Colonia, Independencia, invasión norteamericana, Revolución de Ayutla, Reforma, Imperio, dictadura porfirista y Revolución.

Fiel a esta tradición liberal, Ramos reconstruye un pasado prehispánico idealizado desde una postura apolínea, racional e ilustrada, que rescata los elementos que denotan austeridad y laboriosidad productiva, limpieza, higiene, pureza y ausencia de vicios, virtudes todas ellas que contrastaban notoriamente con la "codicia" y la "lujuria" de los conquistadores. En este pasado prehispánico se encontrarían las raíces de la mexicanidad, mientras que la Colonia surge como una especie de paréntesis oscurantista donde no habría ocurrido nada relevante, sino hasta los preparativos y antecedentes de la epopeya de la Independencia y el surgimiento propiamente de México como nación moderna. El equivalente de esta visión negativa del periodo colonial lo encontramos en la misma versión del autor respecto a la Edad Media, lo que reitera esta adhesión a la visión liberal oficial:

En la Edad Media deberá exponerse en toda su rudeza el régimen feudal: la brutalidad e ignorancia de los señores; su absoluta falta de escrúpulos para golpear, mutilar, torturar y asesinar a sus vasallos por causas insignificantes; el infame derecho de pernada, la explotación continua de los siervos y villanos; la resistencia criminal a todo progreso político y social dentro de los feudos; la oposición tenaz a la liberación de las ciudades; el falso concepto del honor; la tiranía sobre la mujer y los hijos; la codicia insaciable; la falta absoluta de todo sentimiento de justicia (Ramos Pedrueza, 1936: 8).



Cabe recordar las reflexiones y sugerencias revolucionarias del autor que sirvieron de marco a esta obra, en las que destacaba, por su reiteración, el uso mistificador de la categoría abstracta de *pueblo*, el cual siempre tenía de su lado la razón histórica, y estaba representado en las diferentes etapas por los indígenas, los rebeldes insurgentes, los reformadores liberales del siglo *xx* y los caudillos revolucionarios del *xx*, en contraparte esquemática con sus enemigos identificados con los conquistadores y el clero, las autoridades virreinales, los militares realistas, los conservadores, el imperialismo de las potencias extranjeras y la dictadura porfiriana:

La sabia legislación del pueblo tolteca, plena de sabiduría y justicia (...) Después de la mutilación del territorio nacional y cuando el pueblo mexicano convalecía de sus heridas (...) El derecho del pueblo mexicano de armarse para defender las conquistas revolucionarias (...) esa constitución (la de 1857) que era el justo orgullo de nuestro pueblo... (Ramos Pedrueza, 1936: 15-16).

Dentro de este cuadro, el capítulo de la Revolución merece un comentario aparte. Como ya se ha señalado, constituye la coyuntura básica, el presente desde el cual Ramos se enfrenta al pasado. A principios de la década de los treinta la Revolución había entrado en su etapa formativa, institucional. Pese a todo y quizá debido a la misma cercanía, en la obra de nuestro historiador

se aprecian matices interesantes, fisuras significativas en la familia revolucionaria que habrían de ser eliminadas años más tarde por la historia oficial. Así, encontramos en el texto la crónica de la resistencia armada de Zapata contra Madero, el relato de las divergencias político-militares de Villa y Zapata con Carranza y la narración del asesinato de Zapata por órdenes de don Venustiano.

Pese a todo, la visión global de la gesta revolucionaria resultaba positiva. A partir de la gestión de Obregón se habrían alcanzado, aunque parcialmente, algunas de las reivindicaciones campesinas y obreras. La Constitución de 1917, aunque limitada por su carácter "pequeño-burgués", tenía la virtud de haber logrado abrir las puertas a la conciencia obrera nacionalista. Sin embargo, en forma coherente con el esquema marxista, lo anterior no representaba más que una etapa provisional en la lucha por la toma definitiva del poder:

La revolución mexicana es pequeño-burguesa, apoyada por el Proletariado Nacional, pero no Proletaria. Es la pequeña burguesía mexicana la que ha ascendido al poder, derrocando al feudalismo y a la alta burguesía internacional, que dominaron durante la dictadura porfirista. El proletariado no está en el poder: no puede estarlo aún, carece de organización y unificación, pero aspira a organizarse y a unificarse; entrevé ya el sendero que conduce al poder político. (La educación popular acelera el ritmo reformista bajo la presión de las masas.) (Ramos Pedrueza, 1936: 37).

En uno de los párrafos finales del texto, el autor ratifica sus objetivos como "intelectual revolucionario", categoría que abarca y comprende su labor como historiador de su tiempo:

El deber y la finalidad de todo intelectual revolucionario es propagar, serena, firmemente, la doctrina marxista, base del socialismo científico, para preparar al proletariado nacional a su futura emancipación, luchando con acierto y energía contra el imperialismo y la reacción. Es indispensable propagar la teoría revolucionaria, ya que sin ella no puede haber revolución verdadera (Ramos Pedrueza, 1936: 196).

Lectura comprometida con el momento histórico que estaba viviendo, la visión de Ramos Pedrueza partía de una convicción revolucionaria autoritaria e intolerante. En este sentido, si bien intentó abrir la perspectiva de la interpretación historiográfica política tradicional de los grandes personajes hacia una lectura académica más compleja, que contemplara los procesos económicos y las contradicciones entre los grupos y las clases sociales, al mismo tiempo trató infructuosamente de cancelar la pluralidad en la crítica y la reflexión política al negar la posibilidad de versiones diferentes o alternas.

#### *Teja Zabre y la Historia de México*

Publicado en el año de 1933, la *Historia de México* constituye un libro de texto

pensado y diseñado para escuelas rurales y primarias, entre las que tuvo una aceptable circulación durante los inicios del cardenismo.

En términos generales, el autor le asignó una gran importancia a los factores internos que conformarían históricamente la realidad mexicana por encima de cualquier ley universal. Debido a esto destacaba más el concepto de nacionalismo que el de socialismo, sin declinar por ello de su postura materialista.

Desde el primer párrafo de su texto, Teja nos proporciona el enfoque y el tono peculiar que encontraremos en su trabajo: en su invitación a la lectura de la historia, apelaba a las vivencias cotidianas por parte de sus lectores y omitía cualquier mensaje metahistórico sobre la inevitable victoria del pueblo o de la clase obrera:

Para sentir las primeras impresiones de la existencia de un pasado nacional, es preciso darse cuenta antes de un pasado individual o personal, por los recuerdos de la familia y de la escuela, y los relatos de los padres y maestros. La propia casa, la escuela, las calles, los coches y carros, el alumbrado, las tiendas, no han sido siempre como son ahora, sino que han venido cambiando con los años y con los meses, como cambian las plantas y como cambiamos nosotros mismos (Teja Zabre, 1933: 9).

Rescataba la idea de un proceso de largo plazo por debajo de los cortes políticos, pero en lo general su relato seguía

organizado de acuerdo con los cánones de la historia política tradicional. Al igual que en el caso de Ramos, uno se pregunta si podría haber estructurado la información de otra manera, tomando en cuenta la época y la naturaleza misma del texto, que requeriría una difusión amplia, a lo que hay que agregar en este caso la escasa edad de sus hipotéticos lectores. Pese a todo, debemos señalar ésta como una de las principales contradicciones presentes en el texto: el anuncio de una nueva postura historiográfica materialista que recurre sin embargo a los criterios de periodización histórica más tradicionales.

Desde un punto de vista amplio, podemos considerar también a Teja como un representante de la línea historiográfica liberal revolucionaria, sobre todo en lo que se refiere a su lectura e interpretación del siglo XIX, que se circunscribe a los cánones tradicionales de este tipo de posturas. Sin embargo, conviene resaltar también que en su obra abundan los matices, los planteamientos que tienden a ponderar y equilibrar situaciones con un ánimo plural y ecléctico. Tal es el caso de su análisis en torno de la figura de Hernán Cortés, en el que, además de rescatar sus cualidades como político, empresario y soldado, destacaba su labor constructiva en el proceso civilizatorio que se inició con el periodo colonial, el cual, dentro de la óptica de nuestro historiador, lejos de ser un paréntesis negativo donde no ocurrió nada relevante, constituyó una etapa formativa de la nacionalidad mexicana, en la

medida en que proporcionó las condiciones para que se fueran gestando algunas de las características más importantes de la personalidad del país:

En los trabajos más efectivos de la colonización, se encuentra a cada paso la huella de Cortés: servicio de transportes y caminos; importación de ganado, de plantas, de cultivos, fomento de la inmigración de artesanos y labradores, construcción de barcos, reglamentos y peticiones enviadas constantemente a España (Teja Zabre, 1933: 105).

Esta postura equilibrada del autor aparece incluso en los momentos más propicios para la épica demagógica y la construcción de figuras de bronce, como es el caso del capítulo que se refiere a don Miguel Hidalgo, del cual avisa al lector que deseaba mostrarlo no sólo como héroe sino como hombre mortal, para lo cual incorporó algunas citas y referencias nada menos que de Lucas Alamán, lo que le permitió trazar la imagen de un Hidalgo poco preocupado por la administración espiritual de sus feligreses, pero atento a las lecturas de los pensadores franceses (Teja Zabre, 1933: 160).

Otro ejemplo clave puede encontrarse en el tratamiento histórico recreado en torno a la invasión norteamericana de 1847, en la que no sólo aprovecha el tema para construir la previsible postura nacionalista y destacar los aspectos negativos y agresivos del imperialismo yanqui, sino que señala al mismo tiem-

po los factores y deficiencias internas que propiciaron la pérdida del territorio, tales como la división entre las elites políticas, la falta de integración económica y la incapacidad para poblar y administrar extensos territorios del norte por parte del gobierno mexicano (Teja Zabre, 1933: 204-212).

Como resulta lógico, una de las partes más significativas del texto es la que se refiere a la Revolución. A diferencia de Ramos Pedrueza, en Teja no aparece un compromiso explícito con el grupo gobernante, por lo que no incurre en la descalificación abierta de la figura de Carranza. Por el contrario, a lo largo de este importante capítulo el lector sólo encontrará una identificación del autor con el proceso revolucionario y un señalamiento de sus avances políticos, económicos y sociales respecto a los periodos anteriores. En este sentido, el interés primordial de Teja estaba puesto en subrayar los factores internos del proceso revolucionario: nacionalismo, obrerismo, indigenismo y reforma agraria. Éstos constituían elementos fundamentales que obedecían en última instancia a la lógica específica del proceso histórico mexicano y no a leyes universales ni a determinismos históricos subyacentes debajo de los acontecimientos.

Por todo esto, la visión final del autor sobre la Revolución es propositiva: se trataría, en síntesis, del peculiar pasaje y tránsito de la sociedad mexicana a la modernidad.

#### REFLEXIONES FINALES

Como hemos visto a lo largo de este artículo, el acto de *pensar* la historia tiene raíces profundas en el caso de la historiografía mexicana, y el caso del materialismo histórico entronca con esta rica tradición, por lo menos desde la década de los treinta del siglo xx.

Fieles representantes de su época y portadores de las ideologías de su momento, los historiadores marxistas mexicanos de la década mencionada participaron de las ilusiones liberales del siglo xix, que depositaban en la educación la panacea para todos los problemas nacionales. Al igual que ellos, percibieron en la difusión de la enseñanza de la historia patria una de las claves para cohesionar a los ciudadanos en torno a objetivos colectivos comunes.

Un ingrediente nuevo reforzó este optimismo: el surgimiento y consolidación de la Revolución Mexicana. La aparición de las grandes masas campesinas y la incipiente organización colectiva de los obreros por primera vez en la historia nacional alimentó y dio contenido a los proyectos marxistas de transformación económica y social. Debido a esto, el materialismo buscó su legitimidad en el propio proceso revolucionario, al que podía calificar como limitado y pequeño-burgués, pero del cual nunca renegaría abiertamente.

En este contexto, el presente ejercicio de ubicar a dos representantes significativos de esta generación de marxistas revolucionarios y desglosar parte de sus

propuestas y lógicas argumentativas nos ha permitido trazar los ejes y coordenadas generales que guiaban sus pensamientos, así como señalar algunas de las profundas diferencias que los separaban, lo que nos permite establecer importantes matices dentro de esta corriente historiográfica.

Los planteamientos de cada uno de los autores nos remiten a posturas que se irán desarrollando y tendrán un peso específico importante entre los marxistas del siglo xx, y que básicamente se remiten a una posición "ortodoxa", según la cual existiría una ciencia proletaria exenta de elementos ideológicos contaminantes y otra "crítica", en la que la misma visión de ciencia no podía desvincularse de las cuestiones ideológicas, las cuales representaban concepciones del mundo mucho más amplias.

Como lo muestra el caso de Teja Zabre para el proceso mexicano, la incorporación de un marxismo crítico se produjo desde etapas muy tempranas en el quehacer historiográfico, y como lo evidencia el de Ramos Pedrueza, los planteamientos intolerantes provenientes de un marxismo evolucionista tampoco tardaron mucho en aclimatarse al medio académico de nuestro país.

En la actualidad, con la perspectiva de poco más de medio siglo de distancia, podemos destacar que si bien el marxismo ha dejado de existir como paradigma, algunos de sus planteamientos han penetrado en las raíces profundas de nuestra historiografía y han enriquecido las diferentes orientaciones y modelos

vigentes de nuestra disciplina. Por desgracia y para concluir, hay que señalar asimismo que ciertas prácticas intolerantes y autoritarias también se enraizaron en nuestro medio, con los resultados correspondientes.

#### NOTAS

- <sup>1</sup> Se trata de *La lucha de clases a través de la historia de México*, de Ramos Pedrueza, y de la *Breve historia de México*, de Teja Zabre, ambas publicadas en el año de 1934. Complementaremos la revisión con dos obras de reflexión: del primero, *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia*, publicada en 1931 y, del segundo, *la Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México*, publicada en 1933.
- <sup>2</sup> La trayectoria de Teja puede consultarse en Sánchez Quintanar (1966); para el caso de Ramos véase Castañeda (1974).
- <sup>3</sup> Ramos desempeñó la cátedra de historia patria en la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Superior de Comercio y la Universidad de México, en diferentes momentos que van de 1914 a 1933. Teja comenzó su larga carrera de profesor de historia en 1912 en el Colegio Militar.
- <sup>4</sup> Como señala Koselleck (1993: 15-18), cada sociedad establece una relación particular con el tiempo, definiéndolo a partir de las contradicciones que le marca su propio presente. De esta manera, la memoria moderna, surgida de la construcción de los estados-nación, se encargó de inventar su propio pasado, construyendo conceptos y categorías idóneos para sus fines políticos, eligiendo personajes y sucesos dignos de conmemoración. En esta línea de interpretación, un reciente y sugerente artículo de Lempérière, "Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural", en *Historia mexi-*

cana, núm. 178 (1995), plantea que entre el centenario del inicio de la independencia (1910) y el de su consumación (1921) es posible rastrear el surgimiento de un nuevo paradigma historiográfico basado en una sensibilidad cultural y antropológica mucho más acorde con los nuevos tiempos y que, entre otras cosas, incorpora el indigenismo y cuestiona el dogma del progreso.

Es importante señalar que también considera el carácter artístico de la disciplina histórica. Sin embargo, esto no me parece relevante, en la medida en que para Ramos la cuestión artística se refiere a aspectos meramente secundarios, de forma y no de contenido: un simple problema de "estilo" y "colorido" (Ramos Pedrueza, 1932: 17).

"La historia no es propiamente una ciencia, como la matemática o la química porque no ha podido formular leyes. Se le puede llamar cuando mucho una ciencia en formación..." (Teja Zabre, 1933: 148).

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer  
1989 *A la sombra de la revolución mexicana. Un ensayo de historia contemporánea de México*, Cal y Arena, México.
- Alamán, Lucas  
1849 *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, 5 vol., Imprenta de Lara, México.
- Castañeda, Carmen  
1974 *Rafael Ramos Pedrueza, un hombre y un método en la historia de*

México, tesis presentada en la Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- Córdova, Arnaldo  
1973 *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación de un nuevo régimen*, Era, México.
- Koselleck, Reinhart  
1993 *Futuro pasado. Para una semiótica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona.
- Lémpériere, Annick  
1995 "Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural", en *Historia mexicana*, núm. 178, octubre-diciembre.
- Matute, Álvaro  
1986 *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, SepSetentas, México [1974]
- Mora, José Ma. Luis  
1981 *México y sus revoluciones*, FCE, México.
- Ramos Pedrueza, Rafael  
1929 *La Estrella Roja. Doce años de vida soviética*, s/e, México.
- 1932 *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia*, UNAM, México.
- 1936 *La lucha de clases a través de la historia de México*, Talleres gráficos de la nación, México.
- Sánchez Quintanar, Andrea  
1966 *El pensamiento histórico de Alfonso Teja Zabre*, tesis presentada en la Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Schneider, Michael  
1979 *Neurosis y lucha de clases*, Siglo XXI, México.
- Teja Zabre, Alfonso  
1933 *Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México*, UNAM, México.